

Versaciones de un chupaplumas

Por qué hay que ponerse así

[1]



Él, entonces, con ese sentido del humor tan un poquito desconcertante que a veces tiene y al que no terminaré jamás de acostumbrarme, dice que no tiene obligatoriamente que ponerse así; que no tiene por qué haber inconveniente alguno en que se ponga de cualquier otra manera “que a ti te resulte más sugerente para los fines a que la tengas destinada”; y que si en vez de ponerse ella — porque así yo lo decida — con la mano



apoyada en el picaporte de la puerta hablando a su marido quiero que se ponga en otro lugar o en otra postura o haciendo otra cosa que no sea fregar sino pintando un cuadro al óleo, o tocando el piano, o rezando o bailando o montando en globo o haciendo unas maletas o esquí acuático y deseo, además, que no tenga marido, no tengo más que hacer que escribirlo y describirla, tal cual y a mi antojo; porque lo importante es saber definir al personaje, investirlo de una personalidad y mantenérsela en el tiempo concreto al que se esté circunscribiendo mi obra sin que ello sea, empero, óbice ni obstáculo para que si las circunstancias lo requieren tenga los cambios de humor o de estados de ánimo que pudiera estar teniendo cualquier ser humano en la vida real.

Y que haga (yo) el favor de no andar todo el rato mareándolo con cómo y dónde y con quién ha de estar en cada momento todo el que “por culpa de esa imaginación tan desbordante con la que te han adornado las musas” se me pase por la cabeza a cada instante...

— ¿Estamos?

Y aunque no es que me haya quedado del todo claro cómo investir a nadie de una personalidad definida y, al mismo tiempo, de un carácter lo suficientemente voluble para ir amoldándose a los requerimientos de unas circunstancias que quién puede saber hasta qué punto vayan a ser imprevisibles o inesperadas, le digo que sí.

Pero debe de ser que me ve él poco convencido porque, puede que por facilitarme las cosas, apunta la posibilidad de que no sea yo mismo sino otros personajes, del entorno de “nuestra protagonista” — tal que por ejemplo marido (ya mencionado) o hijos o padres o amigos o enemigos o antiguos compañeros de colegio o de trabajo — los que, de acuerdo con su

Versaciones de un chupaplumas

Por qué hay que ponerse así

[2]

particular criterio o cómo en el momento de sus vidas en que sus destinos se cruzaron la percibieron, ofrezcan al lector distintos matices y aspectos de su “yo” que podrán ser (sin comprometerme a mí ni como creador ni como el experto que “por supuesto no eres, ya lo sabemos, en las peculiaridades del alma humana ni en sus intrínquilis”, dice) todo lo disparatados y extravagantes que a mí me dé la gana.

Continuaráⁱ

ⁱ Aunque no sé muy bien cómo lo haré